

LA NOVELA



del SABADO

LUISA ALBERCA y
GUILLERMO SAUTIER CASASECA



LA
ÚLTIMA
DICHA

N.º 58

Relata la separación de una pareja y el reencuentro a la hora de la muerte, momento en que se supera la incomprensión anterior.



Protéjalos con un Seguro de Vida

que les garantice el logro de sus aspiraciones y un punto de apoyo para encauzarse definitivamente hacia el éxito en su vida.

Oiga

-como la voz de un amigo- el consejo del Agente de

LA "SUD AMERICA"

COMPAÑIA DE SEGUROS SOBRE LA VIDA

(Inscrita en el Brasil con el nombre de "Sul América")

DIRECCIÓN GENERAL PARA ESPAÑA: PLAZA DE CANOVAS, 4
M A D R I D

Si desea recibir un folleto ilustrado sobre el Seguro de Vida, envíenos su nombre y apellidos, domicilio y edad de Vd. y de sus hijos.

Aprobado por la Dirección General de Seguros

VIAJES A PARIS

por 3.000 pesetas

EN AUTOCAR PULLMAN DE LUJO

SALIDAS MENSUALES

11 días de viaje.

VISITANDO:

BURGOS (Y LA CATEDRAL), SAN SEBASTIAN, BURDEOS, ANGULEMA, RUTA DE LOS CASTILLOS DEL LOIRA, PARIS (ESTANCIA DE 5 DIAS), ORLEANS, VIERZON, LIMOGES, AGEN, LOURDES (VISITA DE LA GRUTA Y MISA), ZARAGOZA (VISITA DEL PILAR), ALHAMA DE ARAGON Y LLEGADA A MADRID. FIN DEL VIAJE

Informes e inscripciones:

WAGONS - LITS // COOK

(A. V. G. A. T., 5)

ALCALA, 23,
C. SOTELO, 14
Palace Hotel
o en
cualquiera de
nuestras
agencias de
España



S E M A N A

la revista española más conocida en el extranjero.

S E M A N A

que aumenta sus páginas y no su precio.

S E M A N A

que no deja de informar a sus lectores de todo cuanto pasa en España y fuera de ella.

S E M A N A

la revista que se mantiene siete días en manos de sus lectores.

Redacción y Administración:
PASEO ONESIMO REDONDO, 26.

Teléfonos: 22 28 90 - 22 28 97 - 22 28 98.

Se admiten suscripciones y encargos:
Teléfono 22 42 90.

PROXIMO NUMERO

59. **De oro y azul.**—Josefina Carabias.

ULTIMOS NUMEROS PUBLICADOS

31. **La niña de la calle del Arenal.**—Edgar Neville.
 32. **Un caballero desconocido.**—Eduardo Marquina.
 33. **El secreto.**—Mercedes Fórmica.
 34. **Dos corazones con ruedas.**—Juan A. Cabezas.
 35. **La otra ciudad.**—Elena Quiroga.
 36. **Los mejores cuentos de Navidad.**
 37. **El fin del mundo.**—J. A. Giménez Arnáu.
 38. **Lluvia de arena.**—Claudio de la Torre.
 39. **Los últimos de Filipinas.**—Enrique Llovet.
 40. **La gorriona.**—Padre Luis Coloma.
 41. **El vagabundo.**—Ramón Ledesma Miranda.
 42. **Martin Nadie.**—C. Fernández Luna.
 43. **La guerra de Dios.**—Vicente Escrivá.
 44. **Eclipse de Tierra.**—Mercedes Ballesteros.
 45. **Pipo, perro.**—Antonio Pérez Sánchez.
 46. **El buen Sancho.**—Azorín.
 47. **Alejandra y Carlino.**—César Golzález-Ruano.
 48. **El Mercado.**—Ignacio de Aldecoa.
 49. **El viaje divertido.**—Carmen Laforet.
 50. **La madrastra.**—Alfonso Hdez. Catá.
 51. **El sainete triste.**—Tomás Borrás.
 52. **El cuclillo de la madrugada.**—José Luis Acquaroni.
 53. **Para que el gato sea limpio.**—Jacinto Benavente.
 54. **Farruquiño.**—Gonzalo Torrente Ballester.
 55. **Antonio.**—Eugenia Serrano.
 56. **Teresa Ferrer.**—Rafael Azuar.
 57. **La golondrina y los rascacielos (Nueva York hace 30 años).**—Federico García Sanchíz.

Tarifa de suscripción a "La Novela del Sábado":		
A 12 números	68 pesetas.
A 25 "	138 "
A 52 "	282 "

Puede remitirse su importe a LA NOVELA DEL SABADO, Ediciones Cid, Desengafio, 9, Madrid. Teléfono 31 05 12, y a cualquier sucursal del Banco Español de Crédito, con destino a la cuenta de LA NOVELA DEL SABADO, en la Central de Madrid.

Quedó roto el sordo murmullo del gentío. El Paso del Santo Sepulcro —cristal brillante y oscuro terciopelo— aupó los corazones en un latido de fervor. A los lados, los nazarenos de túnicas moradas y cintos de esparto, volcaban al suelo el hachón encendido, siguiendo, en el ritmo de sus pasos, el tétrico redoblar del tambor.

De improviso, un hombre apartó bruscamente a quienes le impedían el paso, hasta alcanzar la primera fila, sin oír las protestas de la gente. Una vez delante de todos, quedó quieto, con los ojos muy abiertos y las mandíbulas prietas en un gesto de ira y asombro.

Sí. Era ella. ¡Su mujer! Ella, la figura que llevaba la cabeza inclinada y que parecía a punto de desmayarse, siguiendo, descalza, la imagen yacente del Señor. Y, no obstante, Carmen debía estar lejos, rodando por el mundo, escandalizando a las mujeres y enloqueciendo a los hombres.

Con los puños prietos en los bolsillos, Fernando la miró nuevamente. Era ella, sí; ella, que rompía con su presencia el recogimiento de aquella procesión.

Humilde, encogida, procuraba evitar su rostro a las miradas curiosas de los antiguos amigos. Llevaba entre los dedos un rosario, y su pelo claro, magnífico, le cubría los hombros como espesa túnica.

Junto a los nazarenos, Fernando siguió a su mujer, en la mirada, una sombra de odio, tan poderosa, que crispaba sus dedos y daba a todo su cuerpo un temblor convulso.

Era largo el camino y cuajado de piedras desiguales. Los pies, desnudos, pisaban sobre ellas como si nada hiriese la planta delicada. Fernando los miraba y la compasión suavizó en su ánimo las aristas más afiladas de su rencor.

Cuando llegaron al templo, Carmen dejaba a su paso manchas oscuras, que otros penitentes recogían en la suela de sus zapatos.

Poco a poco el gentío se dispersó y ella quedó arrodillada sobre el mármol del suelo.

Fernando supo que rezaba y que su oración iba mezclada de lágrimas. Lo supo porque veía el movimiento de aquellos hombros inclinados, débiles. No quiso interrumpirla, la cólera que le dominaba no le impedía advertir el lugar en que se hallaban. Podía esperar.

Pero la espera fué corta. Carmen fué resbalando hasta caer al suelo y Fernando se precipitó hacia ella. Estaba desmayada. Él levantó la cabeza de la mujer y se quedó mirando aquel rostro que amara tanto y al que tanto odiaba. Un rostro delgado, de pómulos salientes y piel pálida, del que parecía haber huido la vida.

Pensó fugazmente: «Mejor si estuvieras muerta», pero sus dedos, que buscaban el pulso de la mujer, advirtieron que vivía aún.

Entonces la tomó en sus brazos para llevarla a un banco. Y el ligero peso de aquel cuerpo le recordó otros días, cuando, entre risas, la tomaba igualmente para poner de manifiesto su fuerza, su corpulencia y la fragilidad de ella.

El recuerdo le hizo mirarla con desesperación; después de aquella felicidad de los primeros años, ella había huido de su lado abandonándoles a María Rosa y a él, destrozando sus vidas.

Suavemente se le acercó una monja de tocas blancas, que suavizaban la austeridad del hábito oscuro.

—Por aquí, señor —aconsejó—. Con el airecillo de nuestro huerto la señora se repondrá en seguida.

La llevó fuera y la acomodaron entre los dos sobre un banco. La monja aclaró:

—Ya fueron en busca del caballero que vino a acompañarla.

Y, ante la mirada curiosa de Fernando:

—Vino un señor con ella que nos advirtió. La señora está enferma, muy malita la pobre, pero se empeñó en cumplir una promesa; ya sabe, la fe mueve montañas, y ella, pese a su enfermedad, ha podido seguir toda la procesión.

Calló la monjita. Fernando, dominado por el afán de saber, continuó allí. Los celos le torturaban con mayor rigor que antes.

Por fin le vió acercarse deprisa. Era un hombre pequeño, nervioso.

—La llevaremos al coche —dijo sin saludar.

Y Fernando se precipitó a tomarla en sus brazos de nuevo.

Una vez fuera, aquel hombre le preguntó con extrañeza:

—¿Viene usted con nosotros?

—Soy el marido de la señora. —Y su voz sonó recia. Como en desafío.

El otro le tendió la mano mientras aclaraba:

—Soy su médico.

Subieron al coche.

—Supongo que querrá usted saber como he podido autorizarla a venir hasta aquí y a tomar parte en la procesión. Ha sido una locura pero nadie hubiera podido hacerla desistir. Salió del Sanatorio sin escuchar consejo alguno. Creí que no resistiría siquiera el viaje.

Hubo un silencio que hizo más bruscas las palabras de Fernando:

—¿Por qué la ha seguido usted...? ¿Qué significa en su vida...?

Tras los cristales brillantes de sus gafas, el médico le miró fríamente.

—No quise abandonarla a su locura. Es una pobre desgraciada. Conozco su historia.

—¿Le enterneció su vida de escándalo?

—Me enterneció su arrepentimiento.

—¿Qué hará con ella, ahora?

—La obligaré a volver al Sanatorio. Si la abandonase, moriría en cualquier rincón.

Suavemente Carmen abrió los ojos y vió a su marido. Preguntó al médico entonces, con voz cansada, triste...

—¿Por qué le ha hecho venir?

Replicó la voz irritada de Fernando:

—Nadie pudo obligarme a venir. Estoy aquí por casualidad... O quizá porque me buscaste tú con esa exhibición de falso arrepentimiento.

Carmen le miró cansada y, sin mover apenas sus labios pálidos y resecos, dijo en un susurro:

—No me hiere tu desprecio, Fernando. Nada puede herirme ya, sino el recuerdo de mis pecados, del daño que hice. Sufro y estoy resignada. Sólo espero el momento en que Dios crea purgada mi culpa y me lleve con Él.

—La desesperación sincera no aguarda con calma la muerte —saltó Fernando, cruel.

Y el médico replicó indignado, furioso:

—Baje del coche, caballero... ¡Váyase de aquí!

Carmen le tranquilizó:

—Doctor, no se impaciente. Mi marido tiene razones muy poderosas para odiarme, para desear mi muerte. Pero no tema nada. He cometido grandes errores, pero ahora, al final, sé cuál debe ser mi camino. Y acepto con gusto las espinas. Nunca me quitaré la vida.

Y su sonrisa fué una mueca amarga pero firme.

* * *

Fernando había ayudado a vendarle los pies. La había visto quieta, silenciosa, sufrir la limpieza de todas sus heridas, evitando exteriorizar su dolor, hasta que sobrevino el desmayo.

Después habían quedado el médico y él, frente a frente, callados, quietos en su asiento.

Y el pensamiento de Fernando, mientras él contemplaba aquel rostro exhausto, escapó evocando otros días. El rostro de Carmen aparecía entonces sonrosado y sus ojos brillaban en el acaloramiento de la discusión.

Él había estado esperando su regreso con impaciencia, con furia, preparando las palabras que iba a decirle, su acusación.

Ella entró en casa, con una extraña sonrisa vagándole en los labios, la sonrisa de quien quiere disimular un dolor.

—¿De dónde vienes? —preguntó, conteniendo su deseo de abofetearla.

Se quedó cortada un instante, al adivinar, por el tono de la pregunta, el enojo. Luego intentó disimular aún.

—Vengo de la peluquería...

—¿Has estado allí toda la tarde?

—No. Toda la tarde, no. También estuve en casa de Mariuca.

La miró fijamente hasta que consiguió turbarla. Después dijo despacio, sin apartar sus ojos de aquel rostro intimidado:

—Mientes, Carmen. Llevas mintiendo un mes entero. Día a día... Hora a hora. Sé dónde has ido cada tarde. Lo he sabido hoy.

La vió bajar la cabeza y cubrirse la cara con las manos, y esperó su respuesta. Pero no hubo más respuesta que unos sollozos.

—¿Es que ni siquiera te vas a defender, a justificar?

—No me comprenderías, Fernando.

Le indignó que, siendo culpable, aquellas palabras la presentasen como víctima.

—Porque te comprendo, porque conozco tus manías y tu debilidad, es por lo que me opuse siempre a ese capricho estúpido de la música.

—No es un capricho, es una necesidad para mí.

—¿Has tomado lecciones del profesor Gardín?

—Sí.

—Te lo había prohibido.

—Por eso fui a escondidas, Fernando —explicó secándose las lágrimas sobre sus mejillas enrojecidas—. Pero yo hubiera preferido tener tu consentimiento, tu comprensión...

La quería mucho, estaba profundamente enamorado de ella, y cuando aquellos ojos claros y sinceros le miraban con temor, se desvanecía siempre su acritud. Entonces sucedió igual y la cólera dejó paso a la ternura.

—No me opongo a tus deseos por egoísmo —la dijo acariciándole el pelo—, ni tampoco por hacerte sufrir; es sólo por apartarte del peligro. Sé que eres buena. Sé que nos quieres a María Rosa y a mí, pero sientes pasión por la música y te arrebatas, te sugestionas... Lo supe cuando te conocí en aquel festival, cuando oí tu voz maravillosa, y tuve celos de esa pasión, y después, cuando fuiste mía, temor, un temor muy grande a que te llevara de mi lado, si no en cuerpo, en alma...

Ella murmuró suavemente, pensativa:

—Es superior a mi voluntad, Fernando. Cuando canto me siento vivir.

—Por eso debo estar en guardia constantemente. Protegiéndote de ti misma.

—¿Y por qué no dejándome seguir mi vocación?... Fernando, el Maestro Gardín me ha ofrecido un contrato fabuloso... —Y advirtiendo el gesto de él—. No, no sería preciso que os abandonase; la nena y tú vendrías conmigo... —La ilusión había comenzado a dominarla—. Fernando, humanízate un poco y comprende: ¡Mi felicidad está en esa comprensión tuya! Iríamos siempre juntos los tres... ¡Seríamos dichosos y viviríamos mejor, mucho mejor que ahora!

Le quemó en el alma aquella ilusión de su mujer.

—No sueñes más —aconsejó ásperamente—. ¡Es imposible!

—¿Por qué? Con un poco de buena voluntad por tu parte...

La interrumpió vehemente:

—Soy muy celoso, y lo sabes... ¡Te adoro! No podría soportar que te admirasen, que te aplaudieran... Pero aun hay más y peor. Si la nena y yo viviésemos a costa tuya, acabaríamos por perder toda la buena influencia que tenemos sobre ti.

—No soy interesada, ni estúpida.

—Eres una mujer, y una mujer no puede seguir enamorada del hombre que vive supeditado a ella, a su trabajo, a su dinero.

No pudo seguir recordando. Carmen se agitaba en el lecho y el doctor se acercó a ella, obligándola a beber algo. Después, suavemente, la ayudó a echarse de nuevo. Y de nuevo el silencio le llevó a recordar.

¿Qué había pasado después? Sí, recordaba palabra por palabra aquella discusión entre los dos. Carmen había perdido su aire sumiso. Carmen defendía airadamente su punto de vista. Ella quería cantar, ella quería recibir el homenaje del público en los escenarios. Y, como una tentación insuperable, existía aquella proposición de contrato hecha por el maestro Gardín.

A medida que oía sus argumentos, sus quejas, sus súplicas, la desesperación crecía en él, hasta el extremo de llevarle a decidir.

—Mañana mismo se llevarán el piano de aquí y quemaré todos tus malditos papeles de música... Y no volverás a salir mientras ese maestro no se haya ido de la ciudad...

Hubo un silencio. Pudo advertir en la expresión de su mujer la lucha entre el temor y la desesperanza. Y de aquella lucha nació la rebeldía, que puso brillo desconocido en sus ojos y palabras insospechadas en su boca.

Habló mucho, mirándole desafiante, como si hubiera perdido la razón.

—No tienes derecho alguno sobre mis cosas... Y no tienes derecho a torturarme sin piedad... Demasiado tiempo has amordazado mi vocación... Tu egoísmo lo llena todo.

Pero yo no formo parte de ti y no tengo por qué conformarme con tus imposiciones, con tu dominio... Tengo mis sentimientos, tengo mi personalidad, y me quieres meter en un puño, torciendo mi vocación y mi voluntad... No, Fernando, lo has conseguido hasta ahora, pero ya no puedo más. Soy una mujer, no un muñeco a quien se conduce a empellones por la vida... Y me enfrentaré contigo, si es preciso...

Era como un río desbordado, como una avalancha. Era una mujer desconocida que irritó a Fernando hasta el extremo de obligarle a clavar sus dedos con fuerza en los brazos que se agitaban. Pero no por eso calló. Le decía cosas que él no podía ni quería comprender, hasta que hubo una palabra que le escoció como un latigazo, porque fué pronunciada con odio y con desprecio:

—¡Cobarde!

Instintivamente su mano abierta golpeó la cara de Carmen. Ahora recordaba, el silencio que siguió a aquello, la mirada de ella, su boca temblorosa, y la vergüenza que le venció cuando la vió salir de la pieza, conteniendo las lágrimas y tratando de mantenerse erguida.

Le llamó egoísta y le llamó cobarde porque se había empeñado en forjarla a su gusto, en conducirla. Porque se sentía fuerte y la creía débil, y de aquella fuerza y aquella debilidad intentaba recrear una nueva mujer.

Miró aquel rostro desmayado, miró aquellos párpados que lucían arrugas prematuras y, por primera vez en su vida, reconoció algo de egoísmo y de cobardía en su conducta, y a reconocerle le ayudó la evocación de Carmen en otra época de su vida, cuando él la conoció.

Era casi una niña. Acababa de cumplir dieciséis años y él era ya un hombre que pronto alcanzaría los treinta.

La vió en el escenario, delicada, gentil, esencialmente femenina y artista, y su voz, de una belleza extraordinaria, pareció sumergirle en un sueño. A él no le gustaba la música, y había asistido a aquel festival obligado por las circuns-

tancias. Pero advirtió el hechizo de aquella voz y el apasionamiento de su intérprete, que contrastaba con su aspecto delicado, casi infantil.

Al terminar la interpretación, Fernando pidió a alguien que le presentasen a aquella criatura deliciosa.

—Es alumna del conservatorio —le dijeron—. La predilecta del profesor Gardín. Tiene puestas en ella todas sus esperanzas.

Cuando estrechó su mano la sintió tímida, débil. Miró su cara y tenía las mejillas encendidas.

—No hubiera podido marcharme de aquí sin conocerte, Carmen —la dijo, advirtiendo su expresión apocada—. Nunca vi nada parecido.

Una señora añadió:

—Es la mejor voz del Conservatorio.

Fernando declaró sonriente:

—No me refería a su voz, sino a ella, a lo bonita que es...

Sus mejillas se encendieron más y, entornando los párpados, hurtó la mirada a la del recién conocido...

Y desde aquel día fué hacia ella en todos sus momentos, como una mariposa hacia la luz. Y fueron sus palabras las primeras que hablaron de amor a Carmen, las primeras que la hicieron presentir y desear.

Entre tanto él iba averiguando. Carmen era huérfana. Sólo contaba con parientes lejanos que no sentían por ella gran interés. Carmen estaba deseosa de cariño, de hogar, de protección.

Era cierto que el maestro Gardín la prefería a todos, pero su preferencia sólo se acusaba en un afán casi obsesivo por hacerla aprender, por encauzar la música que Carmen llevaba dentro y su voz extraordinaria. El aprendizaje era duro y esclavo, y el encuentro con su nuevo amigo le resultaba como una liberación.

Un día se lo dijo. Estaba en el parque y él acariciaba su mano fina y pequeña: